

ALBA OMIL¹

LOS FANTASMAS

Dormía el río de montaña en un remanso donde yo, sentada en una piedra, había hundido mis pies cansados, o tal vez mi soledad.

El ocaso enrojecido mostraba la muerte del día, como si alguien lo hubiera asesinado con las últimas cuchilladas del sol. Ya habían callado los pájaros; sólo las plegarias de los sapos elevaban su primera oración.

¿Era sólo un reflejo sobre el agua lo que yo estaba viendo o sólo la fantasía de mi mente atribulada por esos fantasmas irreconocibles (de los que estaba huyendo) venidos de no sé dónde, empeñados en dibujar imágenes lejanas y obligándome a huir de mi yo para esconderme en... ¿no sé dónde? No lo sé.

Quería mirar los hechos más allá de los ojos, apreciarlos más allá de la mente, de la memoria y de los afectos ¿Se podría mirar con el corazón? Si así fuera, vería a ese ser que se mueve en mi recuerdo, tal como es ¿O como lo sueño? ¿Como lo formaron –o modificaron–

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Ha sido coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hace tiempo en el Noroeste* (2015), *Los ojos de Medusa* (2014), *De nieblas y fulgores* (2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (2013), *Hechicería en las culturas prehispánicas* (2011), *Como escribir un microrrelato* (2016), *Ensueños en una burbuja* (2017), *Cómo leer a Borges* (2018) y *Leer a Cortázar* (2019).

por un lado mi mísera esperanza, y por otro, mi temblorosa consternación? Tampoco lo sé.

En ese espacio caminaba mi alma esa tarde de ocaso moribundo, cargada de ansiedad y de recuerdos semiborrados por el tiempo, apenas vanos reflejos en el agua de ese remanso límpido que bañaba mis pies y agitaba mi mente.

¿Qué hacer con esa carga de imágenes? Agité con bronca el agua límpida, y con determinación, alejándome, empecé a caminar hacia el olvido.

UN ÁNGEL PARA EL GRIS

A Robert

Caminaba por la angosta avenida, entre los cipreses, con sus pisadas resonando sobre el empedrado, aquella tarde solitaria y sin viento.

Alto, casi calvo y de espaldas algo cargadas, no era que pisase fuerte sino que el ruido de sus pasos se agrandaba sobre las piedras, a causa de aquel silencio.

Andaba despacio, como buscando algo de trecho en trecho: medio se detenía, volvía la cabeza a derecha e izquierda, como intentando determinar uno entre aquel laberinto de callejones y senderos que iban a desembocar, por ambos lados, en la avenida por la que caminaba, y luego el ruido de sus pasos volvía a hacerse parejo, sincrónico, sobre el empedrado.

Ya casi al final de esa avenida central, dobló hacia la izquierda, anduvo zigzagueando unos veinte metros por el sendero, mientras sus pasos sonaban ahora amortiguados sobre la grava. Se detuvo frente al mausoleo de mármol y granito con grandes columnas dóricas y se quedó mirándolo, con la cabeza en alto.

En ese momento, mientras la torre de la iglesia marcaba las seis campanadas, se abre la puerta de hierro y cristales del mausoleo y asoma una mujer extraña, con un trapo en la mano. No lo mira (él se queda boquiabierto pero a pesar de la sorpresa le dice a su espíritu algo que se le acaba de ocurrir) y con movimientos mecánicos comienza a limpiar las columnas dóricas y a fregar los mármoles y bronces que ya estaban brillantes.

“Caprichos de los ricos. En lo que invierten la plata”. Pensaba que era una muñeca mecánica, tal como se lo había dicho a su espíritu en el primer momento.

La mujer seguía limpiando como accionada por resortes, y mientras se movía, cantaba con voz tristísima, apagada y lejana, tal como si fueran las notas de un disco puesto a mucho volumen pero muy lejos, entre los cerros: “Limpiando”, “Limpiando”.

Él la miraba: los pies descalzos y perfectos que asomaban por debajo de un largo vestido traslúcido; sus formas en semidesnudez, como si la observara a través de la niebla o de un cristal espeso, o a través de un sueño.

“Limpiando, limpiando”, sigue el canto plañidero.

La mujer se da vuelta y lo mira; él siente un calor extraño y agradable dentro de las venas y aquel latido que ya conocía: recuerda a Carolina y lo que sentía cuando se amaban y da un paso hacia ella. Como un cu-cú de reloj, rítmica, acompasadamente, la mujer sacude la cabeza, las manos y, sonriendo, se oculta en el mausoleo y la puerta se cierra, también con movimiento automático.

“Lo que pueden los ricos, hasta tienen muñecas mecánicas para limpiar sus monumentos”. “¡Robots!”, acota nuevamente su espíritu.

“Pero no es una muñeca”, se dice, ya dudando, al recordar su sonrisa, el brillo de esos ojos, los dientes perfectos, y ya no sabe si estaba soñando.

“Cada hora”, lo ayuda su espíritu. “Es una muñeca perfecta, una perfecta imitación mecánica, y sale cada hora”.

Era invierno, las sombras comenzaban a desdibujar las formas de los monumentos mientras los grises se amontonaban uno encima de otros, amortiguando figuras y sonidos.

Mira hacia la izquierda: coronando el mausoleo, un gran ángel parecía flotar en el espacio, casi encima de su cabeza, semidesdibujándose en la niebla. Su madre había querido un ángel así para que coronase su tumba pero él no había tenido el dinero para hacerlo. “Quién fuera rico”, le dijo a su espíritu.

La campana de la torre marca las siete. Se oye el crujir de un gozne, apenas un chirrido, como un grillo. Se abre la puerta, asoma como un pájaro y lo mira sonriendo. “Limpiando, limpiando”, cantaba y sonreía y lo miraba mientras sus manos seguían haciendo el movimiento en el aire, como si limpiaran.

Él también sonrió. “Demasiado joven”, se dijo al mirar sus carnes frescas y turgentes, “soy viejo para ella”. “Soy viejo para ella”, repitió su espíritu como un eco.

Quedaron mirándose en silencio. De rato en rato, la mujer volvía la cabeza hacia el interior el monumento, furtivamente, como si temiera algo. “La obligan a trabajar”, pensó él.

“Limpiando, limpiando”, no cesaba de cantar ni de mover los brazos ni de sonreír.

A él le latían las arterias de las sienas. Comenzó a aproximarse (“Limpiando”, la voz se hacía más triste).

Estaban ya a pocos metros uno de otro, y sin embargo era como si no pudiese llegar nunca, como si simultáneamente ella y lo que la rodeaba fuesen también alejándose.

Él miró un instante a su alrededor para ver si era ilusión suya o si realmente se movía pero todo estaba igual: el mismo cuadro se repetía adelante, atrás, en todas partes: monumentos cuadrados, oblongos, ojivales, líneas más oscuras que la niebla semidevoradas por el gris y, arriba, el cielo ceniciento, tachonado de cruces de distintos tamaños y niveles, azuladas por la oscuridad. Y el ángel.

“Limpiando, limpiando”, sonaba, apagada, la voz de la mujer, como un reloj lejano, o como si un mecanismo accionara una cuerda dentro de su cuerpo.

Se acercaba. El hombre sentía ya el placer de la conquista; de pronto se le abrieron los ojos enormes, dilatados, mientras su eco daba un grito que le hizo zumbar los oídos: estaba allí, frente a él, alta, rubia e infinitamente vieja. Lo tomó de un brazo (el frío comenzaba a reptarle, baboso, por la piel, le cuajaba la sangre como una sal helada y le endurecía la carne hasta llegarle a los huesos), sonriendo mientras sus labios se resquebrajaban casi hasta disgregarse, mostrando unos dientes también horriblemente viejos, sin pulpa casi, sin nervios, sin esmalte, a la vez que lo miraba con ojos azulados, inexpresivos, vidriosos, como los ojos de los muertos (“Limpiando, limpiando”, sonaba en el aire, monótono, triste y sin origen). No podía pensar ni gritar ni dejar de mirarla: la vejez le brotaba de adentro, la rebalsaba, se le disgregaba como una carcoma, en el pelo opaco y quebradizo como el de una muñeca sucia y vieja, en la piel reseca y tensa, pronta a partirse y convertirse en polvo como los dientes, como el pelo, como toda ella (“Limpiando, limpiando”).